



PICHI.-

SEÑOR BELORCIO.-

D.SEGURO DETECTIVE.-

EL MALDITO.-

Nº 154 • Año IV • SEMANARIO INFANTIL • 20 CTS.

Pichi
detective



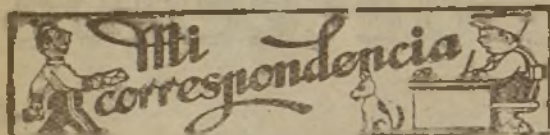
R.R.

¿Que hay, Pichi
-¡¡ Un asesino entre nosotros!! Voy siguiendo al Maldito que debe llevar en esa
maleta alguna mujer descuartizada.
-¡Já. Já. Já! Pero sí es que lo han "echao" de la guardilla de mi casa por tramposo!!
Ayuntamiento de Madrid

TELEFONO: 31.547
APARTADO DE CORREOS: 10.013

Pichi

APARECE LOS DOMINGOS
ADMINISTRACION: FUENCARRAL, 130
MADRID



FAUSTO RICO.—Elche.—¡Chico, estoy malísimo!... me monté en tu aeroplano para hacer unos recados y no sabes cómo me mareé; figúrate cómo estaría, que en vez de aterrizar en la azotea, me metí por el balcón y claro el estropicio fué tan grande, que a cualquier hora me deja ver por casa.

ATILANO SANZ.—Mandayona.—De todos tus trabajos, el que más me gustó, fué el cowboy, tirando tiros; eso a mí me entusiasma; nos pusimos a tirar al blanco en los cacharros de la cocina y no dejamos uno sano; ¡anda... cuando se enteren!...

CONCEPCION DE RUEDA.—Las Palmas. Ese quinto que me envías está pero que muy requetebien; ya se ve qué manitas fueron su autora; le he destinado a la tercera sección, del cuarto grupo, de la primera compañía, del sexto batallón, del quinto regimiento, de la primera brigada, de la cuarta división, de Infantería de a pie alpina, de octavo cocinero; allí estará bien.

MANOLITO MIRO.—Barcelona.—¡Chico y vaya compromiso en que me pones con el dibujo que me has hecho!; parece mentira que no vieras lo rotas que me has puesto las suelas de los zapatos; para qué decirte que los tengo en el zapatero... pues yo no salgo así a la luz pública, con lo que presumo.

MANUEL GARRIDO.—La verdad chico, yo te quedo muy agradecido por tu barco, pero está tan "rizada" la mar que has puesto, que tengo mi pizquita de pánico; ¡tú no sabes cuando al mar la hacen la "permanente" en forma... "lo tonfísima" que se pone para andar con bromas; decididamente prefiero pasear a pie.



—Diga, recluta, ¿Por qué tiene un zapato amarillo y otro negro?
—Es para diferenciar la derecha de la izquierda, mi teniente.

Emilio RUIZ DE VELASCO

JOAQUIN CAMPILLO.—Hellín.—Tu cartita me ha proporcionado una satisfacción, y más al ver que me envías trabajos que con mucho gusto te publicaré; quedo muy contento de tenerte de colaborador y manda como gustes.

RAFAEL Y ANTONIO BARAJAS.—Ya veo lo que habéis progresado en el dibujo y ello me satisface de verdad; los trabajos que me enviáis son de primera y ya los tengo en turno para ser publicados.

MARY ARRABAL.—Tus trabajitos son siempre apreciados por mí, pues ya sabes cuantísimo me gustan las chiquillas tan saladas y bonitas como tú; todo será publicado en su día y yo muy orgulloso con ello; dales a todos esos amiguitos un montón de abrazos.

JUANITO BON.—Alcazarquivir.—Tú vas a ser muy buen chico y los dibujos me los remitirás hechos con tinta, ¿verdad?; hazlo así, pues quiero complacerte publicándolos; a lápiz no sirven.

JAIME FORCADA.—Tortosa.—Tan pronto recibí esa carrera ciclista, que por cierto está muy bien, tomé parte en ella; ¡tú no sabes quién soy yo dándole al pedal!; figúrate si soy un "tío" corriendo que, sólo con el aire que echaba, se fueron cayendo todos los espectadores; ¿qué tal?...

EDUARDO RUIZ DE VELASCO.—Me tienes encantado con sus ingeniosos y bien tratados dibujos; estoy convencido de que eres todo un artista y yo orgulloso de que seas colaborador mío; vaya mi felicitación y un fuerte abrazo.

ANTONIO MARIN.—Esa máquina del tren es formidable; te la voy a publicar muy pronto; pues quiero darte contento; por cierto es para andar por caminos de hierro o por caminos vecinales; pues ante tu dibujo se me ofrece esa duda; eres graciosísimo.

PEDRO ORTEGA.—Que voy a ganar las carreras con ese caballo, es un hecho; ¡y que no soy yo nadie dándole a las espuelas!... ¡así clavo como si tuviera en cada pie un martillo!; pero lo mejor para que corran los caballos, es pincharles con un alfiler en la grupa; ¡entonces vuelan!

RICARDO MACIA.—Elche.—¡Hombre, la verdad!; agradezco lo bien que me has sacado y ello me demuestra tu buena amistad; ¡si vieras la birria que les tengo a esos que me pintan hecho una birria!... si estuvieran a mi alcance... les daba cada capón.

JULIO ROCA.—Oza de los Ríos.—¡Chico, y cómo me gusta la cabeza de ese caballo que me enviáis!; lo que si bien pudiste era educarlo antes un poco, pues al pasar cerca de él, me "tiró un bocao" que me arrancó media manga de la blusa; pero ya le fastidié; le metí la cabeza dentro de una espuerta y ahora... que se chinche.

ESPERANCITA CATALAN.—Eres un primor dibujando, chiquilla; te aseguro publicar tus trabajos cuanto antes, pues quiero tener, contenta a una colaboradora tan bonita como tú.

Ayuntamiento de Madrid



Pichi.—Oiga usted señor Belorcio; le voy a decir una cosa, pero fíjese bien si falta alguna.

Mi tía.—La tía.—Es la tía.—Nuestra tía.—Vuestra tía.—Su tía.

Señor Belorcio.—¡Hombrel, yo creo que en vez de faltar, lo que sobran son tías.

Pichi.—Pues no señor; no vé usted que, no hay tu tía.

—Señora Pilar, ha dicho mi madre que me deie el fuelle.

—Pus mira rico, dile a tu madre que el fuelle no sale de casa, que si quiere que se venga a soplar aquí. **Eugenio MIRANDA**

—Como dentro de pocos momentos sera echado a la hoguera, puede expresar su último deseo.

—¡Ya lo creo! que avisen en seguida a los bomberos. **José AZNAR**

Saliendo de casa del dentista:

—La señora.—No te apures nena, el diente te saldrá en seguida.

—La niña.—Bueno mamá, ¿pero me saldrá para la hora de comer?

Luis E. ALVAREZ



—Si está prohibido bañarse aquí, ¿por qué no me ha dicho nada cuando me vió desnudarme?

—Porque el desnudarse no está prohibido. **Francisco OLIVER.**—Alicante

¿Cuál es el colmo de un sastre?

Cortar un traje sin tijeras.

Agustín CORBELLA

¿En qué se parece Burgos a un gallo?

En que los dos tienen espolón.

A. DE CASTRO

Alquilando un piso:

—Me gusta y me quedo con él.

—Pero sabrá la señora que no se admiten niños, ¿ha tenido alguno?

—Sí, tres, pero están en el cementerio.

—¡Pobrecita!; pues nada, firme el contrato y queda el piso suyo.

A poco llegan los tres niños.

—¡Pero no me dijo usted que sus hijos se habían muerto?

—Yo no dije eso; dije que estaban en el cementerio y era verdad; habían ido a dar un recado. **Joaquín RAMÍREZ**

CUPON
DE
COLABORACION

TARZAN DE LOS MONOS

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN



Clayton era noble y generoso y los celos le hicieron olvidar todo lo que debían a aquel semi-diós de la selva y aún añadió:

—Creo que debemos olvidar a ese paria medio loco, que no es sino un animal de la selva.

La joven no respondió, pero se le acongojó el corazón. El desprecio o la compasión por el ser que amamos nos deja siempre avergonzados.

Se volvió lentamente a la choza y por primera vez reflexionó sobre su nuevo amor. Se lo imaginó en su compañía, en el salón de un trasatlántico. Lo vio comiendo con las manos y limpiarse en los muslos los grasientos dedos. Se vio así misma presentar a sus amigas a un ser tosco, analfabeto... y este pensamiento la estremeció.

Con los ojos llenos de lágrimas cogió el medallón de aquel hombre, que lo llevaba colgado del cuello bajo la blusa y lo apretó contra sus labios.

—¿Animal de la selva?—musitó—Dios me haga como a ti porque soy tuya— y se dejó caer en su cama de helechos sollozando amargamente. Aquel día no quiso ver a nadie, se excusó diciendo que estaba indispuesta por tantas emociones.



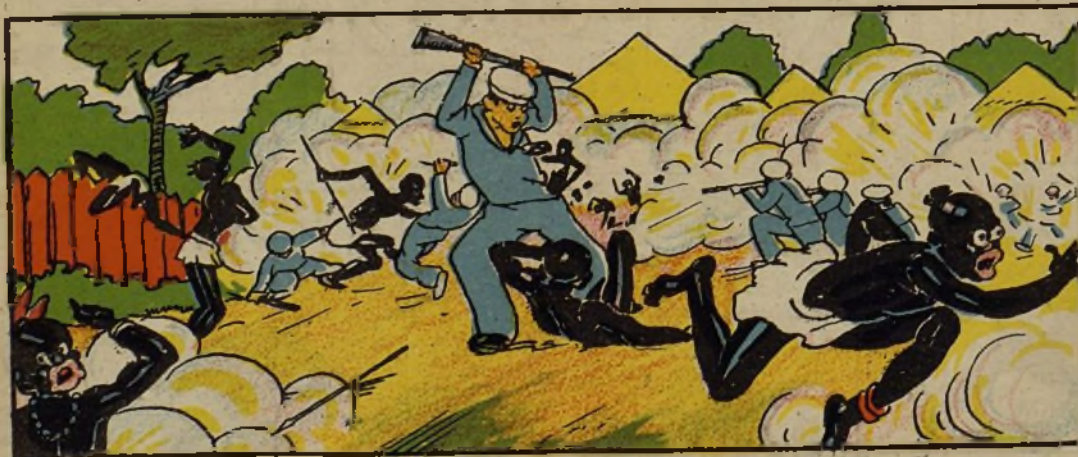
A la mañana siguiente Clayton partió con la expedición de socorro en busca del teniente D'Arnot. Iban doscientos hombres, diez oficiales, dos médicos y llevaban provisiones para una semana. Iban en plan de castigo tanto como de socorro.

Poco después de medio día, llegaron al sitio de la escaramuza anterior.

Desde allí el sendero del elefante conducía en derechura al pueblo de Mbonga y pronto llegaron a él. El teniente Charpentier que mandaba las fuerzas, envió una parte de las mismas a través de la selva, al otro lado del pueblo. Otro destacamento fué colocado frente a la puerta y el teniente se quedó con los demás soldados a la parte Sur.

Se dispuso que el destacamento que iba a situarse más lejos fuese el que anunciase el combate. Su primer descarga sería, la señal de un ataque combinado, con intento de tomar la aldea por asalto a la primera embestida.

Agazapados en la selva, esperaban la señal. Al fin se oyó un áspero fragor de fusilería y la respuesta fué una descarga cernada por todos lados.



Los indígenas enloquecidos se lanzaban contra las empalizadas. Las balas de los franceses les cegaban. Tan súbito e inesperado había sido el ataque, que los blancos llegaron a sus puertas sin que los asustados indígenas pudieran impedirselo y un minuto después, estuvo el pueblo lleno de hombres que luchaban brazo a brazo y los revólveres, rifles y machetes de los franceses hicieron gran mortandad.

Los marineros habían visto destrozado el uniforme del teniente D'Arnot, puesto sobre algunos de aquellos negros y en venganza no respetaron más vida que la de los niños y las de las mujeres que no les atacaban.

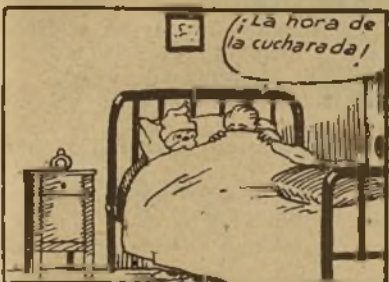
Se detuvieron al fin sudorosos y jadeantes cuando vieron que ningún guerrero les hacía fren-

te y entonces, con gran cuidado, escudrinaron todas las chozas de la aldea sin hallar rastro del teniente D'Arnot.

Por señas interrogaron a los prisioneros; un marinero que había estado en el Congo belga, quiso hacerse entender en esa lengua bastarda de los indígenas.

(E.—37.—Continuará)

Astucias del peque



¡GOL!... vuelta vuelta vuelta... ¡GOL!

Es el juego predilecto de los amigos de Pichi, los bonitos juegos de fútbol que salen en sus

Sobres con sorpresas y regalos

Reuniendo los cupones que van en

todos los sobres

obtendréis preciosos regalos, además de las mil colecciones que contienen de cuentos, aventuras y curiosidades.

Muy pronto...

¡Lo increíble!

¡Lo más inesperado!

No dejéis de adquirir los sobres PICHÍ para tener...



CHISTES Y CUENTOS

A un inglés que sufre mucho de dispepsia le aconseja su médico que tome el *whiski* con agua templada.

—Ay, doctor, si mi mujer sabe que es para tomarla con *wiski*, no me va a dar el agua templada cuando se la pida.

—Diga usted que es para afeitarse.

Al día siguiente, al volver el médico a la casa, le recibe la señora desconsolada.

—Doctor de mi alma, se ha vuelto loco. Quiere afeitarse cada diez minutos.

Luis ESPAÑOL



A un pobre ciego un barbero le hacía cara rajas

y con gesto placentero,

le pregunta el majadero:

—¿Qué tal están las navajas?

—Están muy buenas ¡por diez!

haces prodigios con ellas

pues yo, desde mi niñez

nada veo, y de esta vez

me has hecho ver las estrellas.

Joaquín RAMÍREZ

cualquiera de vosotras, sino pensando en el atracón que ella iba a darse.

Y como todo llega, se reunieron las pequeñas invitadas que con gran alegría iban a celebrar el cumpleaños de su amigueta. Jugaron a mil cosas, todas eran felices menos Rosa que constantemente miraba el reloj, esperando la hora de la merienda. En cuanto podía escapaba a contemplar la fila de platos y fuentes que primorosamente engalanados esperaban la hora de ser servidos.

En su imaginación contaba rápidamente Rosa las partes que podrían hacerse de una hermosa tarta cubierta de chantilly, que debía estar exquisita; sus amiguetas eran... tantas, a trozo por cabeza podría sobrar para ella, tantos trozos más.

Sus amiguetas la llamaban y acudía presurosa procurando disimular su impaciencia y al fin... llegó también la hora tan deseada.

Cuando ya todo estuvo servido y su mamá desapareció, quería ver cómo su hija sabía cumplir sus deberes en sociedad y atender y hacer agradable la tarde a sus invitados. Sólo temía a la glotonería de su hija. ¿Sabría dominarse? Aquel día cumplía Rosa doce años y ya era tiempo de que tuviera conciencia de sus actos y corrigiera sus defectos.

Pero... apenas la mamá hubo salido ¡oh!, es vergonzoso decirlo, Rosa es la que terminó todos los platos, la que acabó con los bombones y aún se zampó hasta el último trozo de tarta. ¡Qué horror!

La pobre niña (compadezcámosla por su defecto, que no deja de ser una desgracia) se levantó de la mesa con la cara roja, el estómago pesado, es para ella un alivio

el que se marchen al anochecer sus amiguetas, por que ella no se tiene en pie.

En cuanto se quedó sola pidió permiso a su mamá para acostarse.

—¿Estás enferma?—le pregunta su mamá alarmada.



—No mamita, sólo tengo mucho sueño.

No bien nuestra amigueta estuvo en cama cerró los ojos por que tenía un mareo... y se le apareció una misteriosa dama que le dijo:

Los estudiosos amigos de PICHÍ

ERNESTO CABALLERO SANCHEZ



ha obtenido dos matrículas de honor y dos sobresalientes en el 5.º año de bachillerato, preparado en el Colegio Hispano Americano de Madrid. Además es poeta! Vaya amigos con talento y aplicados que tiene Pichí! Así está él de orgulloso.

Charlas de "PICHÍ"

—Si viene usted conmigo, lo convido, señor Belorcio.
—Encantado, Pichí, encantado. Yo contigo voy al fin del mundo.
—Se agradece la lisonja. Andanda, ya...
—¿A dónde vamos? ¿Se puede saber a dónde?
—A la jaula del león de la Casa de fieras.
—¿Qué dices?... No Pichí, no... eso "p'al gato". Yo no te acompaño... ¡Ahí es nada!...
—¿Pero tú qué te has creído?... ¿somos domadores?
—Pero señor Belorcio, si no vamos "por dentro"...
—Amos anda... ese es otro cantar. Cuenta conmigo.

Total un león enjaulado... ¡Pua!... ¿qué vale eso?
—Pero qué notable es usted. Hace un rato tenía más miedo al león que al "coco" y ahora...
—¿Yo miedo? ¿Dónde está el león?
—Me lo como! Tu no me conoces Pichí.
—Me parece que sí... Ande, coja la máquina fotográfica...
—Buenos días, señor León.
—Brrrr... ¡Hombre!, si es Pichí y Belorcio...
—¿Cómo te va chavalete?, ¿qué tal amigo Belorcio? Calor, ¿verdad?
—Estamos muy bien y vamos que usted no lo pasa mal del todo... a pesar del calor...
—Ni que lo digáis. Por entre los barrotes pasa un fresquito que es gloria pura.
—Pasad, pasad, adentro y tomaréis algo.
—Muy agradecidos... aquí fuera estamos bien.
—¿Verdad, señor Belorcio?
—Sí, Pichí... pi... Pichí... sí... muy bi... en.
—¿Oiga Belorcio!... No me haga la locomotora... Parece que está asustado...
—No le haga caso, señor León...
—¿Pero qué le pasa a este hombre?
—Es que se emociona, ¿sale usted?
—Bueno, bueno... ¿y qué os trae por aquí?
—Queremos hacerle una "entreviu".
—¡Ah!... muy bien... Puedes empezar, Pichí.
—¿Dónde nació?
—En Africa... cerquita del Hoggar.
—¿Carapel, como los gatos.
—¿Qué dice usted, señor Belorcio?
—Igualito, que los gatos en el hogar.
—¡Brrrr!... este hombre no sabe lo que dice.
—Es el "cangís"... Dígame señor León, qué música prefiere?
—¡Hombre!, la militar.

—¿Acaso por el ruido?
—No, nada de eso... por los músicos... Una banda enterita dá pasa para más de un banquete...
—¡Horror! Menudo antropófago, ¿verdad Pichí?
—Brrrr... Oiga, señor Belorcio... Brrrr... eso de antropófago... no me lo dice usted en la calle... ¿A que no?
—Abrame la puerta... haga el favor...
—¡Abreme la puerta hola, que vengo "helao".
—¿Se chunguea?, pues ahora verá... Brrrr, brrrr.
—Cálmese, señor León, que no podemos seguir la "entreviu".
—Es que ese hombre, me descompone.
—¿Quién le manda pescar esas "perras"?
—Belorcio, por lo que más quiera, no me hable de perros.
—Es la mayor ofensa.
—¡Caray!, no hay "pa" tanto.
—¿Que nó? Estoy hasta la melena de oír llamar "perros" y "perras" a los leones de las monedas de cobre.
—Tus amigos, los chicos, se pasan el día pidiendo "perras".
—Tiene usted razón, hablaré con ellos.
—Y diga, ¿qué color prefiere?
—El blanco... mi color... Yo soy un santazo.
—Usted quizás sí, pero hay cada león...
—Habladurías Pichí... cuentos de viejas.
—¿Han mordido a alguien los leones del Congreso?
—"¡Pa chasco!" Tampoco muerden los buzones de Correo.
—Brrrr... fu, fu, fu, Brr... ¡Me lo como Belorcio!...

(Se continuará)



CUENTOS ENCUADERNABLES

—¡Mal día, Rosa, fué hoy para tí.
La niña la miró fijamente. Qué señora más rara ¿por dónde entró en su habitación?
Lleva un pomposo vestido plateado, pero no es de seda ni de tela alguna, es la envoltura de un gran bombón. Rosa, cada vez más sorprendida mira a la cara de la dama y ¡qué maravilla!, su rostro es de mazapán y sus ojos de chocolate. La boca es una guinda en dulce y el pelo de cabello de ángel y huevo hilado, ¡rica mezcla!, pero a Rosa le fatiga en este momento la vista de tanta golosina, y esconde su carita entre las sábanas, sólo recordar todo lo que había comido, la trastorna, pero la dama le dice:
—Vamos pequeña!, levántate pronto, he venido a buscarte! Rosa no sabe disculparse ni rehusar la invitación y se dispone a caminar en pos de la dama.
Van por un pasillo largo, largo, tortuoso, casi oscuro. Tiene tantas vueltas y revueltas que la niña se siente mareadísima y sigue fatigosa los pasos de la misteriosa dama...

(Se continuará)



Una vez... era una niña muy glotona, que es aún peor que ser golosa, porque la glotonería trae muy malas consecuencias.

Era el día de su cumpleaños y su mamá, como una hada buena, había preparado mil dulces, maravillas que iban a ser las delicias de las amigas de su hija. Ya estaban las mesitas preparadas en la terraza para la merienda y nuestra amiguita Rosa, que así se llamaba la niña glotona, esperaba impaciente la hora de la fiesta, no por el placer de obsequiar a sus amigas, como haríais



Cirilo y el Dr. Rubio



LA CABRA VIZCA Y LOCA SALE Y
SORPRENDIDA VIENE AL TRO-
TE POR UN MAL TEMPORAL



SOBRE LOS CUERNOS DIRECTOS AL
CIELO COMO UNA ESPADA, CAE EL
RAYO ATRAIDO POR LAS PUNTAS



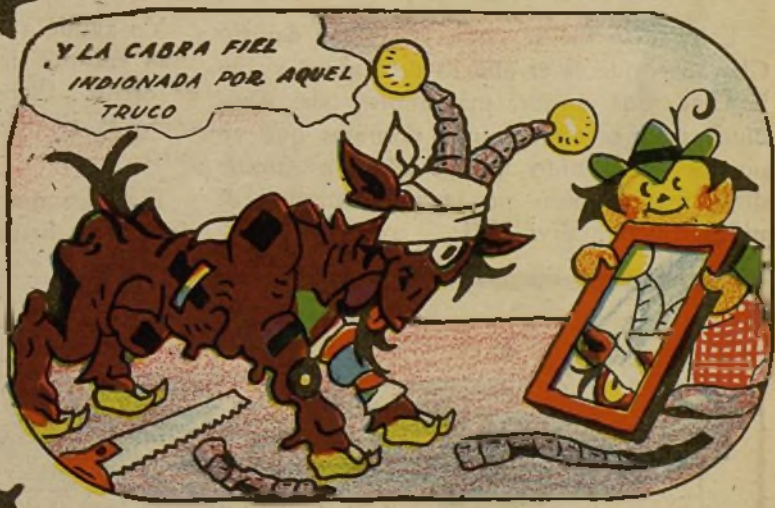
SIN CONOCIMIENTO Y QUEMADO EL
DOBRECITO, VA A CASA TRANSPORTADO
EN UNA CAMILLA



UN VETERINARIO VIENE Y CON
SENTIDO HUMANO
LE CURA



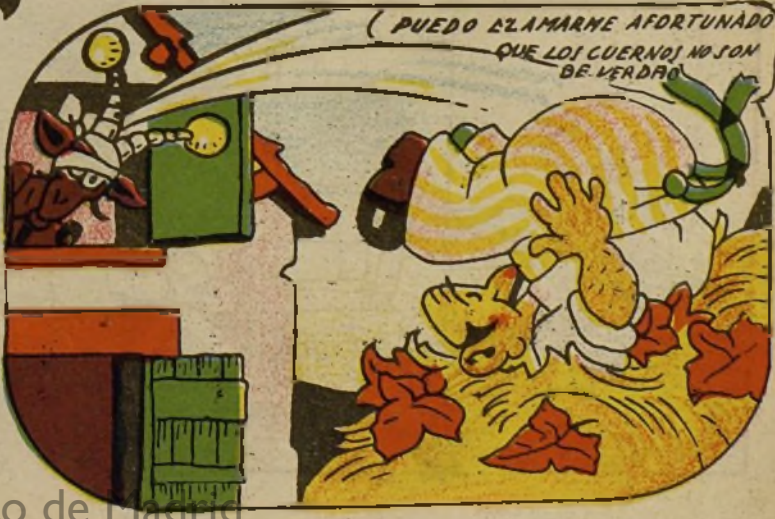
DE LOS CUERNOS SUCIOS Y ROTOS HACE EL
LA AMPUTACION
Y QUEDAN TRADUCIDOS
A DOS TROZOS DE CARTON



Y LA CABRA FIEL
INDIGNADA POR AQUEL
TRUFO



CONTRA EL DR. DESATENTO ARREMETE
CON FURIA Y LO COJE POR LA
PARTE POSTERIOR



(PUEDO LLAMARME AFORTUNADO
QUE LOS CUERNOS NO SON
DE VERDAD)



Casa de Muñecas

Carta de la Bella Inesita

Mis inolvidables amigas. Qué pena tan grande que el verano toque a su fin y tengamos que volver a Madrid, porque me estoy divirtiendo mucho y nunca olvidaré esta temporada. Mi mamá me dice que me gusta tanto por la novedad que para mí tienen estas cosas, pero que precisamente por no estar acostumbrada a ellas pronto me cansaría y tendría añoranza de mi colegio y de mi vida de siempre. Yo la miro con un poco de duda, eso de que añore el colegio y los estudios me parece algo raro, pero cuando mi mamita lo dice es que es verdad, porque las mamás saben muchas cosas.



Estos días fué la trilla en la era del tío Chocairo, que es el abuelo de Rufino y Belarmina; qué nombre más bonito ¡eh! Aquí muchas niñas tienen unos nombres que yo no los había oído nunca, ellas en cambio dicen que nosotras no tenemos nombre de niñas, Luchy, Vivi, Fifi.

—Ju, ju, ju.—dice Rufino con esa risa tosca que tiene—si paice que tinéis nombre de dulce, como seis toas, que sus pego un juñetazo y sus deshacís como el merengue.

El pobre es tres veces bruto pero es muy servicial y muy bueno. Pichi y el Pirata quisieron afinarlo un poco y quitarle la costumbre de pegarle patadas a las chicas, cosa que le divierte a el mucho, por que las otras por vengarse le corren detrás y le pegan sopapos, que es com limpiar esteras con la mano.

—Ju, ju, ju.—dice con su risa— es que yo soy mu decente y pego patás porque no está bien pegar pillizcos y son ellas luego las que mi vienen hacer cosquillas diciendo que mi están pegando.

Como os decía, fuimos Pichi y yo a la trilla y nos dejaron subir al trillo. Pichi quiso hacer heroicidades y primero se puso de pie, pero cuando salió corriendo el caballo, se dió la gran voltereta, suerte que caía sobre las espigas. Luego nos montamos los dos y con la excusa de sujetarme a mí, lo que hacía era asegurarse él, pero como el caballo corría en redondo, como los caballitos del circo, nosotros resbalamos y nos caímos mil veces, pero no nos hacíamos daño.

Yo ayudé a las mujeres a recoger el trigo, ¡qué encanto ir amontonando tanto grano de oro!... Pichi ayudó, a hacer el pajar y como es el mismo diablo, nos dió el gran susto.

Figuraos que en una de las muchas paradas que acostumbran hacerse en las trillas

para refrescar los hombres, porque el sol es abrasador, a Pichi no se le ocurrió cosa mejor que irse a dormir a un lado del pajar. Cuando reanudaron el trabajo, volvieron los hombres a amontonar la paja y el que va haciendo la montaña, desde encima la va distribuyendo por los lados para que quede el pajar redondito y derecho.

Nadie vió a Pichi, el caso es que de pronto se oyeron unas voces débiles y lejanas que pedían socorro.

—¡Dios santo!, ¡se cayó en la acequia!—dijo una mujer y un grupo salió para allí corriendo. Pronto se dieron cuenta de que se alejaban del sitio de donde partía la voz de socorro, que nos parecía que venia muy de lejos. Todos habían suspendido su trabajo y nos mirábamos angustiados cuando de pronto, ¡cataplín!, el pajar que ya estaba casi terminado se derrumba en su mayor parte y entre las pajas, medio asfixiado nos vemos aparecer a Pichi, más asustado que nosotros.

—¿Pero cómo no sentiste que te caía la paja encima?—le preguntaron.



—Sí la sentí, pero caía como lluvia y estaba tan fresquita, que soñaba que tomaba una ducha de oro.

—Pus si te discuidas tá ajogas— le dijo Rufino, siempre riendo. Donde está Pichi no hay tranquilidad, nos dió un mal rato deshizo el pajar y él tan campante, sin dar importancia a nada.

Os recuerda con cariño vuestra amiga,

INESITA

Historia festiva de la locomoción (XIII)

La Edad Media con sus ciudades apretadas y tortuosas, donde en cualquier encrucijada le quitaban a uno la vida o la estilográfica, uso la silla de mano como vehículo apropiado para no meter mucho ruido ni dar muchos vuelcos por el asfaltado.



Ayuntamiento de Madrid

Aventuras de Pichi

